

EDITORIAL

MIL Y UNA FORMAS DE REPRODUCIRSE

Cualquier texto elemental de biología incluirá a la reproducción como una propiedad esencial de los seres vivos. El surgimiento de moléculas autoreplicantes permitió que las protocélulas, en las primeras etapas de la historia de vida, pudieran originar nuevos seres casi idénticas a sí mismas, por lo tanto, el proceso de reproducción está ligado a la vida desde sus comienzos. A lo largo de millones de años de evolución se fueron modificando los mecanismos reproductivos. Para adaptarse a estos cambios los seres vivos necesitaron una morfología dinámica que llevo a que, probablemente, no existiese sistema con tanta variabilidad como el reproductivo. El propio Darwin, al incorporar el concepto de *Selección Sexual*, establece la importancia del proceso reproductivo para la evolución de las especies. Quizás entonces el ritmo de cambio de los órganos genitales y de los mecanismos reproductivos sea diferente al de otros órganos (como ejemplo extremo de la respuesta adaptativa del sistema reproductor, pueden citarse las especies de lagartos que serán ovíparos o vivíparos según la región geográfica en que habiten).

Si nos analizamos a nosotros mismos, los seres humanos, el útero simple (sin cuernos uterinos) presente en la mujer y la presencia conjunta de las tres glándulas anexas existentes en el hombre (próstata, vesículas seminales y glándulas bulbouretrales) no son lo más habitual en los mamíferos. Esa variabilidad motiva que muchos grupos de investigación trabajen en temas relacionados con la reproducción, y directa o indirectamente requieren del conocimiento morfológico.

Parte de la diversidad encontrada se explica fácilmente en relación con la función. Por ejemplo, el oviducto de las especies vivíparas tiene glándulas para producir las envolturas del huevo, de las que carecen las especies vivíparas; o en las especies poliándricas el pene desarrolla estructuras que facilitan un coito prolongado para que otros machos no copulen con dicha hembra; tomando en cuenta algunos casos muy particulares el ovario plegado de la vizcacha (*Lagostomus maximus*) permite que pueda ovular hasta 800 ovocitos. Sin embargo, en muchos casos es difícil explicar las particularidades con una visión adaptacionista. La mayoría de las aves carecen de pene, sin embargo el pene de mayor tamaño relativo, dentro de los vertebrados, lo presenta un pato. Nuestra próstata es un órgano compacto, pero en muchos mamíferos está diseminada alrededor de la uretra, el género *Mustelus* de tiburones posee especies que desarrollan una placenta y otras ovíparas, con las consecuentes variantes en la morfología uterina. Quizás sean justamente los peces quienes presentan las diferencias más notorias en sus órganos reproductivos, quizás la involución del conducto de Müller en los osteíctios sea la más notable. La morfología genital de los peces es abordada en dos de los trabajos presentados en este número de Ciencias Morfológicas.

Pero la variabilidad en la morfología de los órganos reproductivos también incluye una dimensión temporal. En muchos casos existen periodos reproductivos y otros no reproductivos, con un desarrollo muy diferente de los órganos genitales. En mamíferos, las hembras presentan ciclos que en algunas especies pueden analizarse mediante las técnicas de citología vaginal, motivo de las otras dos publicaciones que presentamos.

Sin dudas, la morfología de la reproducción con su variabilidad, sus implicancias evolutivas, y su importancia en la medicina y en la producción animal, serán objeto de muchos otros trabajos en el futuro.

Completan el número de nuestra revista los resúmenes y resultados del **III Taller Nacional de Bioarqueología y Paleopatología**, agradecemos a las autoridades de la actividad que confiaron en Ciencias Morfológicas para su publicación.

Claudio G. Barbeito
Editor Científico